

cienda sea ganada con gotas de sudor, si las vendias á precio de vino? Si quieres aumentos, busca humildad, desterrando de tí la soberbia, que para nada es buena; solo sirve para caer, como lo hizo el ángel mas hermoso que habia en el cielo; y para que veas el estado á que viene la soberbia, escucha: Cinaras, mujer hermosa, tuvo siete hijas, llevando á su madre en la hermosura muchos realces, pero tan soberbias, que enfadados los dioses de su demasia, las convirtieron en siete gradas de un templo, para que fuesen pisadas de todos. Guárdate tú, no quedes convertido en pez, y tu hacienda en agua, que aunque nades no hallaras qué aguar; pero consolaráste diciendo: Lo que es del agua, el agua se lo lleva.

DISCURSO VI.

Amanece el día deseado de todos; quiere el Autor de las cosas criadas manifestar su luces, desterrando las confusas tinieblas de la noche, para que el hombre deje de ser ingrato á tantos beneficios, y ya otro conozca la deuda en que le está á Dios que le ha criado. Despierta antes del amanecer, y vase vistiendo, deseando entre el día solo para su comodidad, su gusto y su ganancia. Sale de casa, sin acordarse que hay muerte y que todo su ser puede dejar de ser en lo breve de un pensamiento; y aunque se contempla á la imagen y semejanza de Dios, no le da gracias de que le ha sacado de entre los lutos de la noche, imagen de la muerte; y toda su prisa es por ir á engañar á su prójimo ó buscar ocasion de murmuraciones ó entretenimientos excusados. Tambien amanece para el bruto, pues criatura es de Dios. Levántase en la cueva donde habita, dejando caliente el lugar que de lecho le ha servido; extiéndese, y entre esperezos encorva el lomo, y abre la boca; levanta la vista al cielo, y luego la inclina á la tierra. El pajarillo sale del nido, y á la puerta de su estrecha vivienda, con el agudo pico pule sus alas, extendiendo cada una á compás de una patilla, y viéndose en el deseado día empieza su canto. El pez, que en lo lóbrego de su estancia pasó la noche quieto y encogido, viendo el día, retoza con los cristales; y despues de muchos brincos, causados de su alegría, saca la frentecilla de plata, levantando la vista al cielo. Este pececillo seguro amanece á su entender, que despues de muchas fiestas y escaramuzas á que le mueve su alegría, por las luces que goza, que el levantar la cabecilla al cielo es darle gracias del bien que recibe, parte luego bullicioso á buscar sustento, y sin pensamiento de hacer mal, da en el garlito ó la red, y queda preso ó muerto. El pajarillo sale de su nido á ver la claridad, y para dar gracias á su Criador, mueve la sonora voz, mirando á todas partes, dando nuevas á las aves que ya ha venido el día y ha manifestado sus luces: levanta el vuelo para buscar sustento; ve una verde zarza, y enderézase á ella, para descansar de los retozos que por el aire ha dado, é inocente de que el desvelado cazador tiene enredada la zarza de engaños, que preso en la varéta, ultrajada su

pluma, ajados sus hermosos colores, y con la lucha á que le ha ocasionado el verse preso, ya herido ó muerto. El animal que de la cueva poco á poco va saliendo, llega á la bruta puerta, mira al cielo, y estremécese, abriendo la boca, con que en su modo da gracias al Autor de todos. Sale, seguro á su entender, á buscar alimento, sin reparar que el montero ha estado toda la noche sobre la cueva, aguardando á que salga, y así que le ve, le tira, y queda muerto. El bruto, el ave, el pez, todos dan gracias á su Criador de la vida que gozan, sin aspirar á mas, y sin hacer mal mueren impensadamente.

¡Ay de mí, miserable gusano! que siendo hecho de tan hermosa arquitectura, á quien Dios dió dos ojos, dos oídos, dos manos y dos piés, y un discurso tan penetrante, no le aplico al conocimiento de que tengo una alma no mas; y que si falta la vida, que puede ser, y me halla mal prevenido la muerte, no tengo otra vida á que apelar para curar el alma, ni otra alma que salga á pagar las deudas que causé viviendo; y pudiendo aspirar á una vida eterna, malogro el mayorazgo que es mio, ofendiendo al padre que me le dejó, dándole causa para que me eche su maldicion, como á hijo desobediente, y desherede de lo que por mio señaló.

Sale, con fin de hacer mal, un hombre de su casa, casa donde habita de noche; es de vecindad, donde viven otros, aunque malos, mejores que él; y sin santiguarse ni mirar al cielo, solo mira á la tierra, que le parece mucha y larga para llegar adonde ha estado pensando toda la noche. Guia sus pasos á Provincia en busca de un alguacil conocido, que no faltan ministros que conocen á estos, y ya los entienden su flor, que es flor que usa la serpiente llamada liena, que tiene instinto de aprender los nombres de los pastores que habitan donde ella, y llamándolos de noche, los ocasiona á que salgan de sus cabañas, y luego los mata. Así este hombre anda de dia vigilante á los pecados ajenos; nótales, y aprende las casas y nombres de los que pecan para luego matarlos, llamándolos por medio de la justicia. ¡Oh, vil serpiente con voz y rostro de hombre! Llegó uno destos de quien hablo á Provincia, y halló con quién desahogar su infame pecho, á tiempo que Juanillo y Onofre, pasando por allí, repararon en el hombre; y parándose, como quien no hace caso de aquello mismo que desea ver, oyeron que el alguacil decia que guiase; y Juanillo dijo á Onofre: Sígueme, verás una de las vilezas que los que las profesan usan en este lugar. Hizolo Onofre, y á breve instancia dieron en la calle del Arenal, y en una casa harta de viviendas y hambrienta de entrada se metió la guia, y en su seguimiento la justicia. A poco rato salieron con la caza, que era una mujer de honesto adorno, tapado el rostro, y un hombre de buen parecer, que venia entre el alguacil y el escribano.

¿Qué te parece, dijo Juanillo, lo que vas viendo? Pues sabrás que el honrado que guió á este lance es cañuto del fuelle de la fragua de Vulcano; mira cómo se queda dentro; pues cuidado, y verás cómo sale á su

tiempo, y se atraviesa el paso para el ajuste, que á estos ya los conozco yo, y sé su modo de vivir. Fuéronse los dos amigos á lo largo, detrás de la justicia; y al llegar á la escalera de piedra de San Ginés, los cogió de cara el cierzo, haciéndolos detener, y sus primeras razones fueron decir al preso: ¿Qué es esto, señor Fulano? ¿Va vuesa merced á la cárcel? Mire si manda algo en que le sirva, que amigos son estos señores, y harán por mí cualquiera cosa. A lo que dijo el preso: A la cárcel me llevan, y los he suplicado dejen á esta señora, que es casada, y como no me conocen, no han querido hacerme favor. Entonces el fuelle apartó al alguacil á un lado, y estando hablando con él, el preso se subió la escalera arriba, y de lo alto dijo, quitándose el sombrero: Regalen vuestas mercedes á ese caballero, que yo le prometo de satisfacerle el agasajo, y esa señora, por mujer siquiera, la pueden dejar, que yo los encomendaré á Dios que los libre de soplonés. El ministro quedó haciendo el papel de un confuso, y el fuelle sin poder respirar, como le faltó el aliento, que á su entender ya tenia en la bolsa, mirando al alguacil brotando parte del veneno de sus podridas entrañas, le dijo: Si vuesa merced le dejó suelto, ¿qué quería que hiciera? Vil soplon, si querias ajustar el que no fuese ese hombre á la cárcel, ¿por qué te pesa de que haya huido? Respóndeme luego, que no he acabado contigo.

En fin, desterrando la confusion, el ministro dijo á la mujer: Vuesa merced, señora, váyase con Dios, y mire por la enmienda, que otra vez, aunque sola, la he de llevar á la cárcel. Fuése con eso al paso de quien huye; y volviendo la justicia al soplon, le dijeron si mandaba algo. A que respondió aturdido: Váyanse ustedes con Dios, que yo me he de ver con este caballero para decirle cómo ha usado tal término con hombres como yo; pero á un beneficio, una mala correspondencia es muy cierto; esto cierto es que lo diria por la gente que lo oia, que para la justicia que ya le conocia no era necesario. Hiciéronle ir, y él hubo menester poco, no porque la vergüenza fuese la causa, que estos tales la vendieron en la cuna.

Quiera Dios nuestro señor, fuelle de Satanás ó cierzo del infierno, que viento des á la barca de Aqueronte; ¿á esto madrugastes, despues de desvelado toda la noche, hasta ver preso el pez? ¿Para esto usaste de la mas vil obra que hacen los hombres, si acaso son tales como tú? Respóndeme, duende convertido en aire pestilente. Dirás que lo hiciste por evitar un pecado mortal, por atajar un escándalo y por limpiar tu casa, que ya sé que vives en ella, y que vives de lo que tú sabes y todos sabemos. Mientes, si tal dices; no bastaba conocer á este hombre y mirar que debes querer á tu prójimo como á tí mismo; pero por conocerle lo hiciste, que sabes que tiene que gastar, y pensaste que te tocará á veinte por ciento; el sueño del ciego fué para tí, que mala yerba eres; á la cicuta te comparo, fria y venenosa; medio desesperado vas, porque no se ha hecho á tu gusto lo que querias; mira no te mueras de pesar, que Filistion Niceo murió de risa, y Filipides

de gusto de un vencimiento poético. No mueras tú de un susto, que suele helar la sangre; y procura, para que no te lleve arreataadamente otro aire mas fuerte que tú, traer plomo en los piés como lo traia Filetas, poeta elegiaco griego, de quien afirma Eliano que, para que el aire no le llevase, traia en los zapatos gruesas suelas de plomo; mira que tú andas muy ligero, y que el aire de la muerte no se descuida. Solo te digo que te vayas para quien eres, y te lleves esta advertencia hácia allá, y ten cuidado con ella; el testigo falso engendró al soplon, y por obra tan infame salió condenado en doscientos azotes. Mira que sigues su rumbo, y que te consuelas con decir que tales sustos los echas á la espalda.

¿Qué te parece, amigo Onofre, dijo Juanillo, lo que vas sabiendo mas en este laberinto del mundo? Mira si ha salido todo verdad; pues aguarda, que no se ha acabado la historia. Mira el que llevaban preso cómo sale de la iglesia, y se va á la justicia con mucho sosiego; mira cómo los saluda, y ellos á él; escucha, que en buen lugar estamos para oír.

Agradecido estaré toda la vida, dijo el hombre, al agasajo que se ha hecho conmigo, y á conocer valia algo el interés, le diera con sobrado gusto; pero ya saben mi posada, y pues me conocen, me pueden mandar. Esto no se ha hecho por otra cosa mas que por conocer que con hombres como vuesa merced para la enmienda no es menester ejecutar castigo, dijo el alguacil, y porque el soplon no haya logrado su desvelo. Despidiéronse, y el hombre guió á la plaza, á quien hizo volver el rostro Juanillo, que en voz alta dijo: ¡Oh ministros extraños á todos los nacidos que salieron al mundo para serlo, pues desinteresais las diferencias de todos! buenas pascuas os dé Dios, y mala alsoplon, sobre el mal rato que le habeis dado. Sonrióse el hombre, y Onofre se llegó á él, diciendo le hiciese gusto, para sacarle de dudas, decirle el suceso, que aunque habian visto gran parte dél, no sabian lo interior, á quien el hombre dijo así: Estando hablando con aquella mujer en su casa, entró la justicia; luego me conocieron, por ser amigos míos; dijéronme cómo los habia dado el punto aquel hombre, y que habia de salir al paso para el ajuste; que los habia dicho cómo era conocido mio, como es verdad que le conozco de una tarde que le libré de manos de unos que infamándole de soplon le querian dar su merecido; díjome el alguacil que por quedar bien con él, que de cuando en cuando los socorria con viento, llegase hasta San Ginés, y allí me entrase, y que luego dejarían la mujer; despues ha pasado lo que vuestas mercedes han visto; pero yo le haré que se acuerde de mí. Con esto se despidió, quedando Onofre espantado, diciendo: Famoso dia tendrá el soplon. ¡Que haya tales hombres en el mundo! Aunque no mirara al haber nacido cristiano, se habia de acordar que le debia aquella accion de librarle la vida de quien le queria ofender; ¡y que haya pretendido tal infamia! ¿De eso te espantas? dijo Juanillo; hay en Madrid un sin fin destos. ¿Piensas tú que la jus-

ticia hiciera tantas prisiones como hace si no fuera por el aliento destos huracanes? En sus oficios se están paseando ó sentados, hasta que llega el aire y los descoge.

En el campo, cerca de los pueblos, se crían cardos silvestres, y aunque silvestres, echan su flor en una como alcachofa; cuaja esta flor simiente, y seca se cae, dejando el lugar donde fué congelada, que es un círculo redondo, tan sutil, que parece ser hecho de aquellos átomos que descubre el sol cuando entra por parte tan angosta que le niega lo franco. Sécase el cardo, y de entre sus hojas saca el aire de octubre aquel círculo sutil, y trae á los pueblos volando por su esfera; en viéndole los muchachos cómo vuela por el aire y corre por la tierra, le llaman milano, y procuran asirle; hácenlo, aunque con algún causancio, y en cogiéndole en las manos, le dan un fuerte soplo para que vuele á su gusto. Estos niños con alma sincera le avientan con soplos, porque ven que no hace daño el levantarle del suelo ni aventarle, y á ellos los sirve de entretenimiento; pero el soplo da un soplo al ministro ó milano, que quieto en su lugar se está, para que vuele, para que haga daño, para que, si pega el pájaro en la liga, que á puro soplo ha puesto en su vara, le dé parte de la pluma que le ha de quitar. Atrevido aire de octubre, que á ese milano sacaste de su quietud, que por tal la tenía, aunque entre hojas secas, y le has traído adonde cansé é inquiete á esos niños; pero ¿para qué hemos de reñir á este aire, pues no hace mas daño que cansar y moler á aquellos niños y también los entretiene? Pero tú, aire cruel del infierno, que interrumpes y deshaces la quietud del ministro que sosegado se anda paseando con el rosario debajo de la capa, porque no le vea otro compañero suyo, que no es aficionado á cuentas, y le llame santurrón camandulero, que hasta en el rezar ha entrado el vituperio y la murmuración, y puede ser que esté pensando en cosas que importan á su alma, ¿para qué le desacomodas de su quietud? ¿Para que vaya á hacer mal á su prójimo? Para que si hay ocasión eche veinte juramentos? Para que te dé algo de lo que ha de quitar al otro? Buen amor tienes á tu prójimo; buena lición sacaste de la escuela de amor; sin duda llegaste despues que habia trocado armas con la muerte, pues tu amor mata; mira que hay muertes desprevenidas, y que no andas seguro debajo de tejados ni canalones; mira que Esquilo, siendo hombre de mucha razón, sentado en el campo estudiando, le mató una tortuga que dejó caer una águila, dándole en la cabeza de tal suerte, que de la grave herida murió. Mira que tú vives de hacer mal, y que no sabes si tu castigo está prevenido en tu lecho. Mira que no mereces que te llamen hombre, pues á Dios nombra quien nombra hombre. A tí te han de llamar camaleón, pues le sustenta lo que á tí; pero con diferencia que el camaleón cuando abre la boca para recoger el aire da gracias de camino al que crió tal elemento, y no daña con él; pero tú recibes el aire como sabes, y para que te sustente, al arrojar con que dañas

y matas, que tus entrañas producen ascos de peste. Solo te digo, para dejarte, que no te juzgo, que te digo quién eres, que el juzgar le toca á Dios, á quien suplico nos juzgue con toda su piedad y misericordia.

Bien le has castigado de palabras, dijo Onofre, aunque mucho mas merecia, pues ni de los mandamientos de Dios ni de las obras de misericordia se acuerda el que solo estudia cómo hará mal á otro. Aguarda, dijo Juanillo, que lance semejante no se puede perder, pues nuestro entretenimiento es recoger hoy bazas perdidas, ó por lo menos parecemos mal sus descuidos. Repara en aquellas dos damas que allí vienen, que aunque bien vestidas, son muy desgarradas, y á fe que las conocí yo con diferente adorno, que aquella de las puntas en el manto, que son de tramoya, con ella las ha ganado; yo me acuerdo cuando asaba castañas al lado de una que decia ser su tía, y la tal tía vendía por menudo su mercadería. Sacóla de menores, y pasó á medianos un estudiante, hijo de un mercader lencero, de los que traen la tienda á cuestras, y luego un mozo de mulas la puso en mayores, aunque para ello vendió el caudal, echando la culpa á la careza de la cebada; y ya es mujer de cuarto de casa, estrado y criada, y no falta quien la da coche algunas veces; y en verdad que fiada en su cara, anda muy barata y se da mucha priesa; ella dice que buenos son muchos pocos, y si se descuida la han de condenar á zarza, porque es de la calidad del diablo, que á nadie desecha ni hace asco de cosa, sin reparar las miserables el mal fin que tienen todas, ocupando las camas de los hospitales ó las puertas de las iglesias, tullidas y llagadas, sin poderse menear, pudiendo reparar con tiempo en la causa de su mayor hermosura, que es el adorno; sin el adorno, ¿cómo amanece? Y tomando un espejo, contemplarán la falta que las hace la falta de las galas, el cabello descompuesto, y sin el cuidado ordinario, que poco las adorna, mirando el color del rostro pálido y á trechos amarillo, que ajeno está de la hermosura, los ojos con ojeras y legañas, de haber estado aquellas breves horas cerrados; mirarán los labios cárdenos, el aliento pesado y enfadoso, todo causado de una noche que para descansar se acuestan; y si esto que sirve de descanso desfigura tanto, ¿qué hará una enfermedad? Y si contemplaran en la enfermedad, no estuvieran léjos de acordarse de la muerte; pero ellas solo estudian el ejercicio de desnudar á los hombres para vestirse y adornarse. Mira qué presto que hallaron las arpias con quien hablar, que ya cecean á aquel alguacil; escucha, que en buen lugar estamos para oírlas.

Llegó el ministro á ellas, y despues de saludarle la una, le empezó á reñir cómo en tantos tiempos no la habia ido á ver, que bien se conocia el tener nuevo gusto. A lo que respondió el ministro que ocupaciones precisas no le daban mas lugar, que mirasen si mandaban algo, porque tenia que hacer. A lo que la una dijo: Esta tarde le hemos menester á usted, que doña Inés, señalando á la compañera, tiene un particular que hacer, y es con un indiano de los que han venido con la flota, que

bien se le conoce ser hombre de hacienda, pues á la primer vista la ha dado veinte pesos para las puntas de un manto; ha pasado á Castilla á ver sus damas, y ha encontrado con ella, y la picarona bien sabe embobarle con sus melindres; y creo para mí que esta tarde va para despedirse, y así á las seis aguardamos; la portera estará avisada, que es aquella buena vieja, antigua en casa, que bien conoce vuesa merced. Despidiéronse con eso, y el alguacil dió palabra de ir, y con el acostumbrado desgarró prosiguieron su viaje.

Vil mujer, hija del Nilo, astuto engañador cocodrilo, que en sus engañosas riberas te has criado, que lloras para matar al hombre que te está favoreciendo, ¿qué razón darás á tan justas quejas como contra tí da la misma naturaleza, pues á quien te alienta quieres matar? El león es el animal mas fiero que hay, y si recibe un beneficio del hombre, agradecido le sirve toda su vida. Dirás que es forastero, que se ha de ir y dejarte, que es rico, que pague bien el gusto que ha tenido. Esto respondes, falso animal, caballo desbocado, que al dueño que te ha lavado, regalado y peinado y te ha querido y estimado, le matas de dos coces ó le despeñas. Sobrada paga era á lo que tú mereces, segun quieres, cuatro reales de plata; mira qué agradecimiento das á lo demás.

Un pájaro hay bien conocido, á quien llaman torcecuellos; á este le dió naturaleza la lengua diferente que á otros pájaros, pues es delgada como un hilo y larga. Este con particular instinto busca los hormigueros mas copiosos, y allí se echa, sacando y tendiendo la lengua á la puerta de aquellas ambiciosas afanadoras; ellas, codiciosas del sabor de la carne, se enlazan en ella, y estando toda cubierta de hormigas, abre el pico y sepulta en su seno todas aquellas vivientes, metiendo dentro la lengua, cargada de hormigas como erizo de madroños ó manzanas. Peores sois que este pájaro, que aunque mata, es á quien nunca le ha hecho beneficio; pero vosotras matais al mismo que os sustenta. Este una vez mata; vosotras muchas veces; este cierra los ojos para engañar, vosotras los abris para ofender á Dios y al hombre. Este le dió naturaleza la pluma que le adorna, y siempre se reconoce deudor, pues cantándole endechas, agradece el beneficio. A vosotras os da el vestido el hombre, y le procurais matar; peores sois que el demonio, pues para meter el pecado en el mundo se valió de vuestro rostro, y nombró por su abogado, siendo vosotras el principal instrumento para que entrase la culpa por los puertos de la naturaleza. ¡Desdichado es el hombre que en el meson del mundo, donde ha de venir, topó consorte de vuestro humor, y dichoso aquel á quien cupo mujer honesta y virtuosa, que es toda la dicha del siglo!

¡Válgame Dios, dijo Onofre, amigo Juan! ¿Esto hay en Madrid? ¿Es posible que no teman estas viles mujeres la justicia de Dios, sin dar el oído á sus amenazas y reparando en las ganancias del pecado, pues todo su caudal es comerse de cáncer sus miembros y consumirse poco á poco, agregándose á este achaque

N-u.

otras enfermedades graves, como la lepra, asma, perlesia, hidropesia, el no poder lograr la comida en el estómago con desgana della, el frenesí, la lengua pasmada, la gota y otros achaques tan graves y mas llenos de penas, desasosiegos, inquietudes y dolores, y que tan sin rienda pequen por tan viles modos! ¿De eso te espantas? dijo Juanillo; hay tantas que usan esta flor, que para mí no es novedad por ser tan práctico. ¡Oh bondad infinita! replicó Onofre, peores son estas que la víbora, que aunque hace reventar á la madre que la cria, ya es obra de la naturaleza; pero lo que estas hacen es obra del demonio, que mete al hombre en el pecado, y luego corre el velo y toca la campanilla para que todos le vean y su misma afrenta le mate. Aun no hace tanto daño el cuervo en sacar los ojos á la madre que le cria. Baste, sierpe lasciva, que para nombrarte te llamen mala y luego mujer. Vamos, Juan, que no quiero ver en este lugar mas de lo que he visto, que para perpetua admiración basta. ¿Aun no has empezado, respondió Juanillo, y ya te enfadas? Ten paciencia, que hay mucho mas que saber y ver, que estas son cosas que los hijos deste lugar las tenemos por tan comunes como un domingo cada semana.

Sus pasos guiaban los dos amigos á la calle Mayor, cuando un *kyrie eleison* de un sacristan que junto á la cruz de su parroquia iba los hizo detener; era un entierro, y por ver la ostentación que llevaba, se detuvieron. Iban ocho religiosos, los hermanos de San Juan de Dios, que llevaban el cuerpo, los niños de la doctrina y desamparados, todo el cabildo, veinte y cuatro pobres con sus hachas de cuatro pábilos, muchas cofradías, y sus mayordomos con cetros; el cuerpo iba en una caja, cubierto de bayeta, y detrás mucho acompañamiento pardillo, y antes de llegar el cuerpo á la iglesia, se detuvo en el inter que dijeron un responso, á tiempo que los testamentarios, que en sus razones se le conoció el serlo, al llegar donde Onofre y Juanillo estaban se detuvieron, preguntándoles otro que iba en el entierro que cuántas misas habia dejado. A que respondió uno dellos que ciento, y que en cuanta hacienda dejaba no habia para pagar deudas y entierro. Estiróse las cejas el que preguntó, y el entierro anduvo.

Hombre, que no eres mas que un vil gusano, á quien despues de muerto aborrecen los mismos que cuando vivo le amaron, pues ya no hace mas que causar horror y espanto, ¿para qué quieres honra fantástica? ¿De qué te sirve despues de muerto? Procura honra en el alma, que es solo la que entre los muertos vive. Anda acá, Onofre, dijo Juanillo, le encomendaremos á Dios y preguntaremos quién es. Fueron, y en la iglesia notaron un aparato como para un príncipe; estaba toda la tierra enlutada, veinte y cuatro blandones de plata para las hachas que llevaban los pobres, que á puro atizarlas ya iban demediadas. Toda la música de la capilla real, y la tumba tenia al rededor mas de doscientas luces. ¡Válgame Dios! dijo Onofre, quién será este que con tanta majestad viene á la tierra. Preguntólo á un hombre que habia acompañado el entierro, y respondió que

era un bodegonero de la calle de las Velas. ¡Válgate Dios por bodegonero! dijo Juanillo; ¿no era mejor ajustar un entierro de moderado gasto, acordándote quién eres y eres, y no dejar que notar? Con doce sacerdotes y una cofradía tenías harto para hombre de tu esfera, y no tanto aparato y tan pocas misas; ¿por qué no te acordaste de tus padres y de tus parientes y bienhechores, que por tales podías tener á cuantos han comido en tu casa? Por qué no reparabas que había almas en el purgatorio, y que en Madrid se da limosna para redención de cautivos, y que hay pobres viudas y huérfanas doncellas? Esto sí que luciera mas que las hachas que llevan los pobres. Tú, sin duda, te aconsejaste con alguno de tu oficio, que de ordinario son zafios y gente que solo entiende en la ganancia que deja la tajada con dientes y el picadillo de livianos de vaca. Mal te aconsejaron en un lance, que después de muerto no hay enmienda, y mas habiendo tenido un trato como el tuyo; quiera Dios sea solo el cuerpo el que pereció, y no el alma, que si la llevas hambrienta de caridad, no has de poder socorrerla, aunque te hallaras allá con lo que sobraba en tu mal bodegon, que en lugar de darlo á pobres, lo recogías para volverlo á vender; y cuando sobraba no era por falta de hambre en los que á comer entraban, que la causa de sobrar era lo mal guisado y mala sazón de lo que bien vendido los ofrecías, y por eso preveniste tantas especies al cuerpo, y te olvidaste del alma. Allá lo verás cuando de tantas veces como acá oías decir ¿cuánto debo? allí oyes decir ¿cuánto nos debes? Y volviendo la vista á la parte de la voz, ves que se acercan á tí una tropa de aguadores, esportilleros, lacayos y mozos de sillas, quejándose de tí, porque dejaste su pobre hacienda en el mundo, pudiendo haberla llevado allá y repartir con ellos, contigo y con los de obligacion.

DISCURSO VII.

El que usa misericordia debe ser breve en la resolución, y el que airado fragua castigos debe dilatar el juicio y la ejecución, y haciéndolo así, excusa el arrepentimiento. Divertido estaba, dijo Juanillo, pensando en lo afligido de un preso el día de visitarse, y todo lo allana cuando hay juez piadoso que obra con misericordia, con que se parece á Dios; y pues es hora, vamos á ver la visita, que hoy será temprano. Siguióle Onofre, y á breves pasos llegaron á la cárcel de Corte, donde á su puerta había gran número de gente; y preguntando la causa, supieron era un ministro que había quitado la espada á un lacayo por ser de mas de marca y traerla en vaina abierta; y el tal lacayo gallego había avisado al mayordomo de su casa, y habían venido á la defensa una veintena de lacayos y una docena de pajes; daban con demasiado brio voces, diciendo eran criados de don Fulano, y que no diese la justicia lugar que lo supiese su amo. Pero como la justicia estaba en el zaguan de la cárcel, asiendo á dos que eran los que mas voces daban, los metieron dentro y cerraron la puerta, con que los de afuera apelaron á la visita. Muchos aguardaban á que

abriesen, y algunos llamaban, á quien el señor portero decia se fuese noramala; para él tales dias de bulla son enfadosos, y no me espanto; pero un preso que llamaban á la visita hizo abrir, con que todos entraron. Llevaban este preso porque traia un colete de bien poco abrigo y defensa, que su dueño, mas que por defensa, le traia por abrigo.

Así que dentro estuvo Onofre, permitió que la admiracion usase sus extremos, notando en tan hermoso edificio tanta comodidad y desahogo para los presos, cuando cerca de sí vió un hombre que batallando estaba con otro; quejábase el uno amargamente de su corta fortuna, diciendo: ¿Es posible que usted no me haya hecho mas favor, sabiendo que hoy se ha de ver mi pleito, en haber examinado aquel testigo, que importaba mucho á mi negocio? A lo que el otro respondió: A mí no me han dado blanca alguna, y no viendo luz, yo no acierto á escribir, aunque fuera para mi padre. Aquí conoció Onofre que el uno era preso, y el otro era escribano. Prosiguió diciendo: Usted busque dinero, y tendrá buen pleito. ¿Qué bueno le he de tener, respondió el preso, si se ha de ver hoy sin falta, y con su descuido de usted, qué sé yo lo que saldrá? Gran desdicha es el ser pobre un hombre, y no hallar caridad en los que trata. Despidióse el escribano, porque le llamó otro preso, quedando este primero mas triste que la noche. ¡Es posible, decia Onofre, que seamos tan malos los hombres, que no viendo el interés primero, no nos movamos para acudir al necesitado! Que este escribano, que ya le habrá comido su hacienda, falte á una diligencia porque faltó el dinero; poco premio espera del cielo el que solo mira á la tierra. Volvió la vista al otro lado Onofre, sintiendo en su corazón estas miserias; vió otro preso que á un hombre suplicaba le llamase á su letrado, porque salia ya la visita; y el tal hombre le respondió que ya le había llamado; pero que decia que si no le daban dinero, no queria venir. ¿Qué dineros le he de dar, respondió el preso, si ya los llevó ayer y no se vió el pleito? Amigo, replicó el tal, ya se lo dije, y me respondió que hoy era otro día. ¡Ah pobre de mí! prosiguió el preso; sin abogado y en visita, ¿qué haré? Paseábase, apretando las manos una con otra, levantando la vista al cielo pidiéndole favor. A todo atendia Onofre, cuando vió que entre los sayones llevaban á la visita á un hombre cano y macilento, que iba chasqueando dos pares de grillos muy cortos de mastil; y llegándose Onofre á otro preso, le preguntó que por qué estaba aquel hombre tan cargado de prisiones. A que respondió el preso: Seis meses ha que está del modo que veis, solo por un indicio, y cierto que cuando le trajeron preso no traia cana alguna, y mirad qué tal está. ¡Ah triste vida del hombre! decia entre sí Onofre; dime, ¿cuándo descansas? Que no sé cuándo ó cómo vives con tantos trabajos y penas como entran en tí con el uso de la razon. Vamos arriba, dijo Juanillo, que ya creo que empieza la visita. Subieron, y vieron que se empezaba en Domingo el de la resistencia; y como Marina no se habia descuidado, no le fiscaló el algu-

cil, y el escribano habia escrito con pluma suave, pero con todo salió condenado en doscientos ducados y cuatro años de destierro y privado de aguador. Si á este le castigaran, decia entre sí Onofre, por esta resistencia, pues era justicia, no se atreviera á otro tanto alguno, con mas alas que este; pero como el dinero es gran favor en todas partes, y aquí no ha tenido pereza en bullir, todo se ha hecho bien.

Si le sucediera esto á un capitán harto de pasar malas noches y peores dias, atento al servicio de su rey, siempre buscando la muerte, opuesto á cualquier empeño, y el cuerpo con mas cicatrices que ochavos su bolsa, con el informe de un apasionado ministro y lo escrito de un mal agasajado escribano, le encerraran quince dias, hasta que el consejo de guerra le embargara, y luego le formarían competencia entre las dos justicias, que no hay cosa que mas apure la paciencia, pues siempre aguardan los mártires, y para el preso llegan aciagos; y cuando llega á verse su negocio, ya el vestido con que entró en la cárcel á puro remiendo no se le conoce su primer origen, ni á su dueño si tiene cara, pues le tienen tal las barbas, que parece casería pequeña entre alameda grande, y ya el que era hombre robusto está tan cenceño, que le pasarán de parte á parte con una pala de centeno. A este con rigor se le escriban sus pecados, que es soldado y pobre, y no ha podido guiar la pluma ni enroscar la vara.

Siguióse la visita en el lacayo de la vaina abierta, y mandaron los señores que al punto se la volviesen y echasen la puerta afuera; y aun no iba contento, que decia que habia de hacer y acontecer. No hay hoy puesto con mas libertades, dijo un preso que junto á Onofre estaba, que lacayo de un señor ó de un alcalde; y sin decir mas, se salió de la sala. Visitóse el del colete, y el alguacil alegaba que traia espada. A lo que el dueño dijo que en su vida se la habia puesto. Mandáronsele volver, que parecia de gamuzas y no de ante; y al irse le dijo el alguacil agradeciéndose que no le habia fiscalado. Llamaron á visita al hombre cano, y así que se empezó á relatar su causa, dió la hora, y los señores se levantaron, mandando desocupar la sala y la cárcel para sacar aquellos míseros de fortuna.

¡Válgame Dios, dijo Onofre, qué laberinto es el de esta casa! Vámonos, que ya me tiemblan las carnes de estar aquí dentro. Salieron fuera, y guiando sus pasos á la Puerta del Sol, vieron grande ruido á la de una casa grande, y preguntando Onofre á un mozo la causa, le dijo que dos hombres sobre una suerte se habían herido muy mal en aquella casa, que lo era de juego. Entraron dentro, y en el zaguan vieron una mujer, que entre llantos y congojas en las palabras que decia declaraba ser su marido uno de los dos heridos. Consolábase un sacerdote, y ella con muchas lágrimas decia: Que se lo tenia yo avisado á este hombre que el juego le habia de dar el pago, que no basta que me ha jugado toda mi hacienda, sobre tantos disgustos como tengo por este juego, que desde ayer no le he visto la cara; y los mas dias es así, sin reparar que tiene mujer y que

está pereciendo, sin tener que llegar á la boca; pobre de mí, ¿qué es esto? que tenia yo marido sosegado, y este maldito ejercicio me le ha puesto en el estado que ves. ¿Qué tengo de hacer, sin tener prenda que vender para curarle? ¿Adónde iré? ¿Dónde echaré? ¿Quién me dará consuelo? Quién me dirá por dónde le de guiar? A todos causaba dolor el llanto de la mujer, cuando entrando un hombre venerable con una muleta en la mano, preguntó dónde estaban los heridos. Enseñáronselos, y vertiendo algunas lágrimas, que enjugaba á la capa, decia: ¡Ah, hijo, cómo os lo habia yo pronosticado, que este juego habia de acabar con vos y conmigo! ¿No basta que me habeis dejado á puertas, sin tener consuelo alguno, el que se ha visto sobrado y estimado, verse hoy pobre y abatido? Harto os he predicado siempre en lo que os estaba bien; no habeis querido tomar consejos de vuestro padre, no os tengo la culpa.

Así lamentaba la mujer y el padre de los dos heridos, cuando entró la justicia para hacer la averiguacion, y queriendo llevarlos á la cárcel, vieron que el uno, que era el mas mozo, estaba sin habla, y el otro ya tenia la muerte cercana á los pálidos labios. ¿Hay mayor desdicha, amigo Juan, dijo Onofre, que aquesta que se ve? De ordinario sucede esto en casas de juego, respondió Juanillo, sin mirar los jugadores su perdicion de cuerpo y alma; pues perdiendo las haciendas, pierden las almas á puros juramentos y parvidas, deseándose mal unos á otros; uno picado de haber perdido, aguarda al que le ha ganado, y colérico y precipitado le da dos estocadas; otro no se harta de decir infamias al que le habia ganado; otro coge la baraja con que ha perdido, y con boca y manos los hace pedazos, y en desocupando la boca, ensarta la tarabilla de malditos sean los trapos y quien los buscó para que os hicieran, el que hizo el papel, el que hizo el carton, el que hizo el engrudo, el que os pintó, el que os cortó, el que os vende, y el que os trajo á esta casa, y el que vive en ella, y á cada palabra de estas hace pedazos un naipe, mirando con unos ojos de tigre en batalla, sin atreverse nadie á reportarle, porque su traza es de reñir con quien le engendró. Si le va á la mano otro, porque no le dan barato, amaga un bofetón al que ha ganado, diciéndole palabras afrentosas; y enfadado el paciente de sufrir, saca una daga y le da con ella. Esto y mucho mas pasa en el juego; ¿en casa del jugador qué pasará? Pierde uno, y picado para perder mas, va á su casa á buscar qué; la mujer defiende sus alhajas, porque es contra ellas el mandamiento de ejecución que lleva; ultrájala de palabra ó la da de bofetadas, llevándose por fin lo que queria, sin reparar que es mujer y de materia frágil y que el diablo no duerme; pero quien no mira por el alma, mal mirará por su casa. Muchos hombres hemos conocido que para sustentar el juego han hecho muchas vilezas, perdiéndose á sí y á su linaje. Vamos de aquí, dijo Onofre, que lástimas que no se pueden remediar basta el verlas de paso, para solo contemplar la miseria deste mundo y el pago que da. ¿Ves esta